



Lunes, 12 de septiembre de 2016

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS, JAVIER FERNÁNDEZ

Acto inaugural del curso 2016-2017 de la Universidad de Oviedo

Excelentísimo rector de la Universidad de Oviedo, profesores, estudiantes, señoras y señores.

Hace cuatro meses participé en la toma de posesión del rector Santiago García Granda. Este discurso comienza en el punto donde terminé aquella intervención: en un mensaje de ánimo para él y su equipo. Liderarán la Universidad de Oviedo en momentos complicados. Si ellos lo saben, los demás no debemos olvidarlo: todo compromiso con esta institución será poco. Vaya por delante, por tanto, el respaldo del Gobierno de Asturias a su labor.

El comienzo del curso es el día de año nuevo. Aunque el calendario fije el 1 de enero como el inicio, nuestras vidas van al compás escolar: pasan los brillos del verano, volvemos al mate de la rutina y así enlazamos año tras año. De un tiempo acá está de moda dilucidar si es cierto o no el síndrome postvacacional, que sería algo así como el desasosegado *spleen* de Baudelaire, una atristada desgana existencial, en este caso con causa conocida: el regreso al trabajo. Ciertamente, no soy quien para poner en duda que tal cosa ocurra, pero sí sé que quienes gobiernan las instituciones no se la pueden, no nos la podemos permitir. Incluso aunque como en esta casa, haya serias razones para la melancolía: las muertes de dos figuras egregias, Gustavo Bueno y José Barluenga, la justificarían, tanto contribuyeron ambos a engrandecer esta Universidad. La mención es obligada y recordarlos también, porque además de su nombre y su obra dejan un territorio, un camino intelectual, científico y académico que, al ser explorado y ampliado, desemboca en un recuerdo suyo, más fecundo y cotidiano, que el que proporcionan las efemérides y los aniversarios.

Sin embargo los aniversarios hay que celebrarlos, aunque a veces la palabra celebrar no sea la más adecuada.



Verán, hace unos días, el 22 de agosto, se cumplieron ochenta años de la muerte de Melquíades Álvarez, una de las figuras más destacadas del panorama político del primer tercio del pasado siglo.

No voy a referirme a la trayectoria pública que, más allá, de su extraordinaria oratoria y su altura intelectual es necesariamente controvertida, ni tampoco al contexto social y político en el que transcurrió, ni por supuesto, a su desgraciado y trágico final.

Quiero señalar tan solo dos cosas, una que, como ustedes saben, pero mucha gente no, era catedrático de esta Universidad y, aunque su impronta sea mucho más política que académica, conviene que se sepa. Y otra, que leyendo una publicación sobre el personaje de hace más de una década (me refiero a la publicación, no a la lectura que es reciente) el autor José Girón, profesor de esta Universidad, describe la estrecha relación de Melquíades con Sela, Aramburu, Buylla o Clarín y atribuye a este último un papel protector, impulsando el paso de Melquíades a la explicación de la asignatura de Derecho Romano, cuando Clarín la dejó para impartir Natural.

Lo más interesante, para mí, es que Melquíades la explicaba, no solo en este viejo caserón de Valdés Salas, sino compartiendo con sus alumnos peripatéticos paseos por las calles de Altamirano y Cimadevilla, o por el Campo San Francisco, sin que, al parecer, la proximidad de la relación influyera en los niveles de exigencia y rigor.

Al menos eso parecen sugerir unos versos aparecidos en la revista universitaria "El Biberón" en 1899 adulterando los conocidos de Calderón y que me permito leerles por ilustrativos, a pesar de su carácter bufo, en este solemne acto

Cuentan que Clarín un día
tan triste y mohíno estaba
que solo se contentaba
de ver los que suspendía
¿Habría otro para sí decía
que suspenda más que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta viendo
a Melquíades suspendiendo
los pocos que él aprobó



Una cercanía así, compatible con la exigencia, esa proximidad que coexiste con el rigor, esa combinación de confianza y respeto no sé si pervive en el mundo académico, pero les aseguro que es ya impensable en el político.

Ese modelo cooperativo entre dos sujetos (profesor y alumno) siempre sometidos a una natural tensión, resulta muy reconfortante para quienes en el territorio de la política asumimos modelos de comportamiento que se agotan en unos antagonismos cada vez más implacables estériles y concretos.

Por eso hay también serias razones para la melancolía.

Pero el exceso de melancolía –ya saben, aquella bilis negra que decía Hipócrates- es, como el miedo, uno de los más eficaces paralizantes que cabe imaginar. E insisto en que eso no nos lo debemos consentir. Porque si hay algo realmente capaz de carcomer una institución es la inutilidad, consecuencia inevitable de la inacción. Antes advertí que al aludir al síndrome postvacacional no lo cuestionaba. Eminentes profesores de psicología y de psiquiatría tiene esta Universidad para debatir su existencia. Lo que mantengo es que está de moda, como antes lo estuvo hablar del síndrome metabólico, de la inteligencia emocional o, por viajar a otros ámbitos, de la sinergia y la entropía. ¿Nunca han reparado en cómo se popularizan hasta el abuso conceptos y expresiones que luego decaen y se olvidan, igual que un estampado o el corte de un pantalón? Pongo otros ejemplos. Hace unos meses, no había discurso político que no incluyese la expresión “hoja de ruta” ni que no tropezase contra unas temibles “líneas rojas” supuestamente infranqueables (como aquella línea Maginot concebida para fortificar Francia tras la primera guerra mundial y que apenas resistió un asalto). Meses atrás, quien no tenía “líneas rojas” era un político desarrapado, un don nadie.

Pues, pese a que ya no esté de moda, deberíamos volver a hablar de la entropía. Para la física, la repercusión de la fórmula grabada en la tumba de Ludwig Boltzmann en el cementerio central de Viena está fuera de duda. Por analogía, también podemos hablar de entropía institucional. Pensemos si hoy en España no estamos precisamente viviendo un proceso obediente a la segunda ley de la termodinámica, en el que la cantidad de entropía del sistema se incrementa de forma continua.

Intuyen que estoy aprovechando la intervención para referirme a asuntos que se sitúan extramuros de este caserón.

Admito, faltaría más, que me critiquen por estas excursiones, pero déjenme ser prevenido y escudarme en el diccionario de autoridades. En su *Misión de la Universidad*, Ortega afirmaba que ésta “necesita también un contacto con la existencia pública, con la realidad histórica”. El filósofo, no sé si en el erial, añadía que la Universidad “tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella. Y no digo esto sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico convenga a la Universidad, sino



también, viceversa, porque la vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal". Fin de la cita.

Comparto el planteamiento de Ortega. Hace mucho que las facultades dejaron de ser edificios recludos sobre sí mismos; hoy, que la academia sea un compartimento estanco es sencillamente impensable. Preparémonos para la caída de todos los muros, hacia una sociedad abierta, porosa e interconectada. Por eso me atrevo a proseguir la reflexión, convencido de que en modo alguno puede resultar ajena en esta aula. ¿Cómo van a sernos extraños el bloqueo institucional o las tensiones soberanistas, de las que, lo lamento, ya les he hablado en otras ocasiones? Preciso que estoy refiriéndome a asuntos con consecuencias prácticas, que repercuten sobre esta Universidad y sobre cada uno de nosotros. Tengo esta cautela porque hay quien confunde estas reflexiones con una divagación metafísica, dicho con respeto a los doctores en la materia. Los efectos son fáciles de advertir: no es lo mismo disponer de presupuesto que no tenerlo; no es igual salvaguardar la caja única de la Seguridad Social que fragmentar el Estado; no es lo mismo abordar la reforma de la financiación autonómica que dejar pasar las hojas del calendario, en palabras de Maura; no es lo mismo buscar un pacto de Estado por la educación que aplicar la LOMCE. No es lo mismo cuadrar las cuentas reduciendo más de 20.000 millones de euros el gasto público de aquí a 2018 si empezamos más tarde el ajuste.

Disculpen el etcétera, pero el listado es demasiado largo, claro que ustedes pueden decirme: para qué molestarse tratando de responder ¿qué hacer? si no tenemos respuestas para las otras dos preguntas: ¿Quién lo hará? Y ¿cuándo lo hará?

Confieso una preocupación, nada alarmista: hemos de devolver la estabilidad al sistema cuanto antes; de lo contrario, el esfuerzo necesario para recomponerlo será cada vez mayor. Más que exagerado, soy descriptivo. Hace unos años, el problema territorial pudo haber sido corregido de varias maneras. Quizá (es una hipótesis, no una afirmación), quizá, digo, hubiera bastado con abordar una reforma constitucional que concediera categoría federal a lo que ya reúne muchas de sus características. No sé bien si se descartó por prudencia, miedo, abulia o un alarmante aislamiento, pero el caso es que a estas alturas, y continúo en el terreno hipotético, tal vez esa ventana resulte angosta, dado el tamaño que ha adquirido el artefacto independentista, cebado en una huida hacia delante que no parece tener fin. Por volver al símil de la física, el gasto de energía necesaria para reequilibrar el sistema se ha multiplicado, y el calor inútil que hemos disipado aumenta cada día la temperatura política del país.

La historia puede estar repitiéndose en el orden institucional. Llevamos nueve meses sin gobierno, que no es poco. Bueno diría que vamos camino de completar una vuelta al sol: de hecho, ya recorrimos tres cuartas partes del camino. Después de las elecciones de diciembre, hubo varias alternativas para poner a funcionar al Gobierno y a las Cortes Generales. Arruinadas todas, hubo que volver a convocar a los



ciudadanos y ahora nos encontramos ante el riesgo evidente de que haya una tercera vez, a ver si ésta es la vencida. Como nadie dice querer otras elecciones todo el mundo da por segura una fase de negociación que debería denominarse “agonística”. Pero no podemos descartar que las terceras elecciones sean parte de un destino inexorable y fatal. Mientras tanto no sólo hemos consumido tiempo y esfuerzos, sino que probablemente también en este caso el gasto de energía necesario para recuperar la normalidad, entendida como el funcionamiento adecuado de cada institución –un gobierno que gobierne; un parlamento que legisle y controle-, se esté incrementando de forma sustancial. Dicho a la brava, la incapacidad para superar el desafío soberanista y el bloqueo institucional puede llevarnos a pagar un altísimo precio, en disgregación territorial, en desafección ciudadana y en hastío.

Créame, el enquistamiento político en España, la incapacidad para revisar las propias posiciones, incluso el propio pensamiento debería relativizarse, al menos un poco. Tal vez podríamos recurrir a Borges cuando decía que “Quizás haya enemigos de mis opiniones, pero yo mismo, si espero un rato, puedo ser también enemigo de mis opiniones” aunque ya hemos esperado tanto que tendremos que recurrir al más cínico “cuando digo nunca jamás quiero decir por el momento” de Romanones.

Las instituciones, al cabo, responden a las personas que las dirigen. Los buenos sistemas son edificaciones complejas, capaces de corregir o compensar los fallos de quienes los gobiernan: los controles mutuos y los engranajes de pesos y contrapesos limitan los márgenes de error, sirven de cortafuegos. Pero los mejores son los que, además de una arquitectura sólida, cuentan con una ciudadanía implicada. Una ciudadanía que no tolere la corrupción, de tal modo que la haga totalmente incompatible con la vida pública; una ciudadanía que tampoco consienta la ineficacia ni la incapacidad, que impida la degradación de las instituciones que son, en sí mismas, el fundamento de la democracia. Nos haríamos todos un gran favor si contribuyéramos, cada uno en su ámbito, a formar esa ciudadanía activa, participativa y exigente, que sería la mejor manera de contener la pendiente entrópica por la que se están despeñando las instituciones. Desde luego el papel de la Universidad en este asunto, es imprescindible porque los problemas de la democracia dependen, sin duda, de la lucidez de las masas, pero también de la ceguera de las élites. Que no vayan a volver los tiempos en los que –por ejemplo- Schelling y Hegel (muerto diez años antes) libraban la batalla de la opinión pública en el aula número seis de la Universidad de Berlín, con partidarios y adversarios enfrentados sin remisión, no significa que se pueda renunciar a liderar un cambio cultural, que siempre precede al político y al social, cuando todos los sismógrafos, todos los observatorios y todos los sistemas de alerta, detectan evidentes señales de mutación.

Señor Rector, créame que entre los deberes prioritarios del Gobierno de Asturias se incluye el apoyo a la Universidad para que pueda ejercer esa y otras tareas más tangibles y más inmediatas en esta fase convaleciente de la crisis económica.



Precisamente, los deberes del Gobierno de Asturias incluyen el apoyo a la Universidad para que pueda ejercer ésa y otras tareas. Por eso hemos vuelto a congelar por quinto año consecutivo las tasas de la primera matrícula. Si no me equivoco, somos la única comunidad, con Galicia, que acumula un esfuerzo semejante para favorecer el acceso a los estudios superiores a todos los alumnos, sea cual sea su nivel de renta. Tomar medidas como ésta responde a la iniciativa política, no a la gestión burocrática. La propaganda y la iniciativa son cosas distintas.

Tampoco responde a la gestión burocrática el trabajo por la estabilización y la promoción de la plantilla docente, que permita ir dotando progresivamente a la institución de los recursos humanos necesarios. Con ese fin hemos facilitado la financiación, para mejorar la situación de los profesores acreditados para la docencia y la investigación. Les prometo que aprovecharemos al máximo nuestros recursos para cumplir lo acordado en el marco estable de financiación 2015-2018, suscrito entre ambas instituciones. Con esa referencia, la Consejería de Educación ya ha iniciado con el rectorado la negociación de un contrato programa. Insisto: no vamos a regatear. De nuestra parte pondremos todos los recursos disponibles. Espero que la aprobación de un presupuesto autonómico permita superar dejar atrás la prórroga y afrontar éste y otros compromisos.

También he de dar las gracias a los equipos de gobierno de la Universidad: agradezco sinceramente la labor que han hecho para implantar las titulaciones del Espacio Europeo de Educación Superior y, ya durante el reciente proceso de evaluación, las de grado y máster. La sociedad asturiana debe sentirse orgullosa de los excelentes resultados obtenidos, que responden al riguroso trabajo del profesorado y del personal de administración y servicios.

Rector, le aseguro lealtad, colaboración y compromiso. Son los objetivos para este curso que comienza. Hoy iniciamos un nuevo ciclo. Esté seguro de que mi gobierno quiere recorrerlo a su lado.

Muchas gracias.